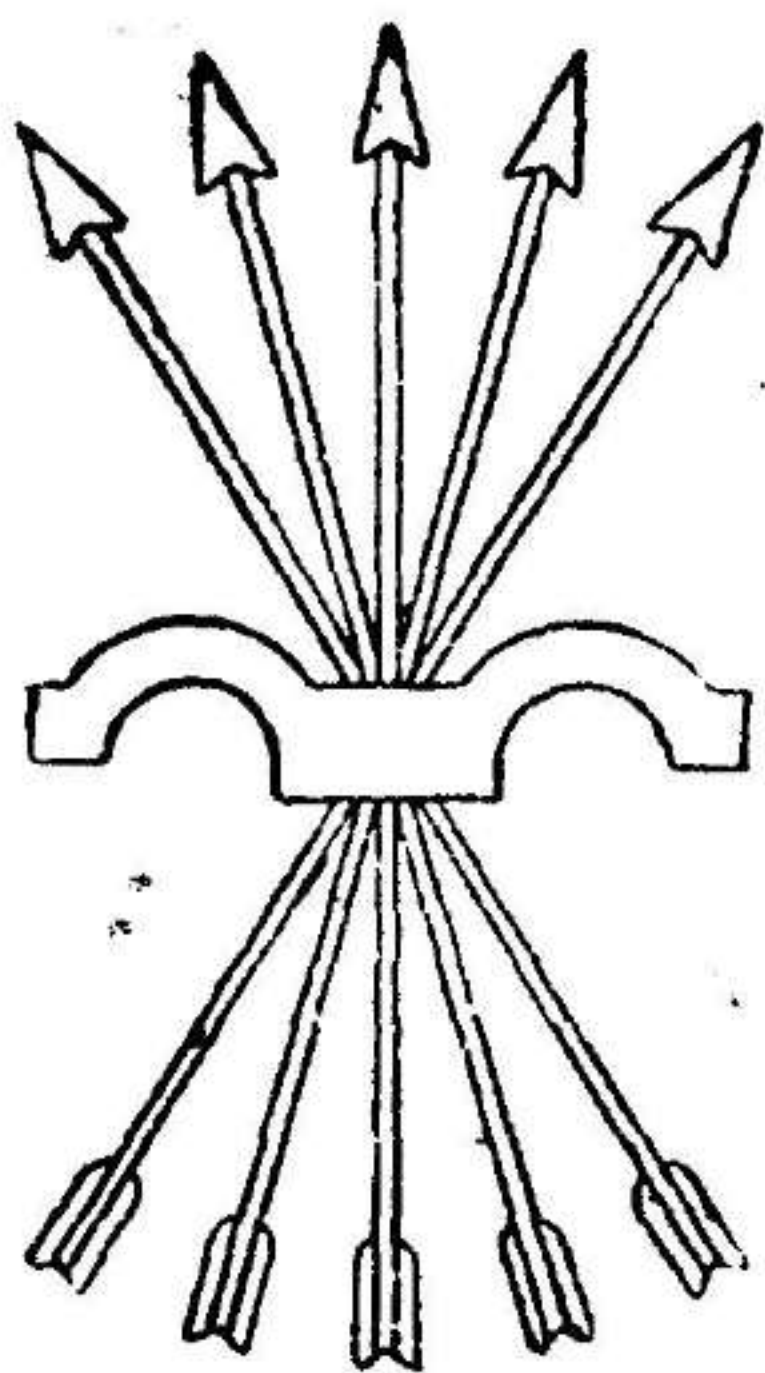


El capitalismo reduce, al final, a la misma situación de angustia, a la misma situación infrahumana del hombre desprendido de todos sus atributos, de todo el contenido de su existencia, a los patronos y a los obreros, a los trabajadores y a los empresarios.

José Antonio.



Jamás se ha realizado ninguna obra grande con lujos y comodidades, sino con abnegación y sacrificios, y la Falange será muy pobre de dinero, pero posee un caudal inagotable de heroísmo y juventud, con el que está realizando la conquista de España.

Fernández Cuesta.

AÑO II
Número 34
Segovia 12
de Junio de 1937
Precio del ejemplar
15 céntimos

LA FALANGE

Redacción
y Administración
Juan Bravo, 47
Suscripción:
Al mes.. 0,60
Trimestre 1,75

"Nuestro grito salvador, inmutable, imperial: España: Una, Grande y Libre,"

Enormemente yerra quien suponga les hemos copiado la palabra. Son muchos aún los que se paran en cuestiones de puro nombre sin entrar en el fondo de las doctrinas y actitudes serias de la Falange. Roen la corteza; pero su débil y careada dentadura no se atreve a romper los huesos para saborear la médula.

Nada hubiera tenido, por lo demás, de particular que empleáramos idénticos términos en ésta, como en otras materias, ennobleciéndolos. Sabemos que el bolchevismo es hábil en la búsqueda de bellos nombres, que encubran sus propósitos siniestros, su entraña diabólica. Toman un concepto y lo deturpan. ¿Qué de particular que otros lo restituyan al verdadero significado? Sabemos que libertad, igualdad y fraternidad, en sus labios, son una profanación. Sabemos que lo poco bueno que contiene su teoría igualitaria, sus declamaciones de justicia social, son un sucedáneo—y como tal, una falsificación—de ideas evangélicas. ¿Dejaremos por ello nosotros de hablar de la verdadera libertad, de la verdadera igualdad y fraternidad cristiana? ¿Dejaremos por ello de proclamar y llevar a la práctica, a rajatabla, la verdadera doctrina social de las encíclicas? ¿Por haber ellos enturbiado la fuente dejaremos nosotros de limpiarla y beber en ella?

Pero se da el caso peregrino de que, en esto de los camaradas, ni aun de la misma fuente procede el término.

El camarada socialista es un concepto del siglo XVIII

Concepto de pedantes. El camarada socialista es el compañero de vida disoluta que con frecuencia come y bebe y va a la taberna y se junta con otros de vida semejante. A lo sumo le usaban ellos en el sentido del diccionario: «El que anda en compañía con otros tratándose con amistad y confianza». Y nada más.

El camarada socialista es un compinche, un compañero como lo eran unos de otros los de la picaresca.

El camarada de Falange es un concepto MILITAR, tomado, como el yugo y las flechas, de la edad imperial

Existía en el siglo XVI. En los Ejércitos españoles la llamada «obligación de los camaradas». De aquí nació, sin duda alguna, la recíproca «obligación de los camaradas», que, durante el siglo XVI, llegaron a formar grupos que se auxiliaban mutuamente, así en los peligros como en todos los actos de la vida. Londoño recomienda estas amistades,

El camarada socialista y el camarada de Falange

que dieron motivo a muchos actos heroicos de compañerismo y en las ordenanzas de 1632 se atribuyen parte de los males, que ocasionaban la decadencia del Ejército, a la pérdida de esta costumbre, hasta el punto de decir que los camaradas habían «conservado la nación española».

Y Londoño, de quien toma el autor citado las noticias antecedentes, se expresa en estos términos: «De haberse perdido en mis Ejércitos la buena y loable costumbre que solía haber de que los soldados «viviesen en camaradas», se han seguido inconvenientes de consideración y que necesitan de remedio... y para que estos inconvenientes se excusen y las cosas se reduzcan a la parsimonia que pide la soldadesca «viviendo en camaradas», que son los que han conservado la nación española, porque un soldado solo no puede con su sueldo entretener el gasto forzoso como juntándose con algunos lo puede hacer,

Los indiferentes

Hemos vivido estos días momentos de intensa emoción. Desde los primeros tiempos del glorioso movimiento nacional, cuando se escribió la gesta del Alto del León, no habíamos tenido tan cerca al enemigo.

La reacción que Segovia opuso al ataque invita a meditar acerca de las diferentes posiciones que han adoptado sus habitantes.

Tenemos, desde el ciudadano que se lanza a la calle al primer aviso para acudir a donde se le mande en defensa de España, hasta el rojillo emboscado en sus vanas ilusiones, toda una gama de posiciones intermedias.

Ha habido de todo. Pero los que más nos repugnan son los indiferentes que, después de un año de guerra, no han prestado ni la más ligera ayuda moral y material a la causa de España. Esos hombres, que no han alterado su vida, como si estuviéramos en plena normalidad; que no han hecho el menor sacrificio; que esperan que otros les saquen las castañas del fuego; esos hombres que no están con nosotros, están frente a nosotros y no merecen disfrutar de las comodidades que les proporciona la civilización que estamos defendiendo; son indignos de llevar el nombre de españoles y deben ser arrojados de nuestra compañía como se arroja el lastre que estorba. Son el peso muerto de nuestra sociedad, los zánganos de la colmena.

Los consideramos traidores a la Patria, pues se colabora con el enemigo tanto por estar a su lado, como por no participar en la defensa.

Que cada cual haga examen de conciencia y vea si está incluido en el grupo de indiferentes a que nos referimos.

No podemos transigir con los comodones y egoístas; ha llegado la ocasión de demostrar dónde está cada cual y no valen cuquerías ni habilidades.

Desde este sitio y a esta hora lanzamos el grito de llamada. Que cuando se haga balance se recuerde la conducta de estos seres despreciables y se les aplique el castigo que su conducta merece. No podemos seguir conviviendo con semejante casta.

ni tiene quien le cure y retire si está malo o herido».

La camaradería española del siglo XVI tuvo su expresión más noble y elevada en los célebres juramentos mutuos de amistad, tan frecuentes en nuestros soldados de entonces.

Transcribimos uno que hallamos en la vida de don Alfonso Enrique de Guzmán: «Pren-dadas las ánimas y obligadas las conciencias... martes antes del mediodía, a doce de Noviembre año de nuestro Salvador de mil quinientos treinta y dos, don Alonso Enríquez e yo Pero Ortiz de Zúñiga, entramos en la iglesia de San Miguel, parroquia en la ciudad de Sevilla y pusimos nuestras manos derechas encima de un ara consagrada... y juramos por Dios... de ser hermanos en amor y muy firmes y buenos amigos desde el dicho día hasta el postrero de nuestras vidas del uno y del otro y de ayudarnos y defendernos en dicho y en hecho, en ausencia y en presencia con nuestras personas y haciendas, contra todos los que a él y a mí quisieren ofender, aunque tengan deudo u otra deuda alguna ni sea hermano natural ni amigo... lo prometemos como caballeros fijosdalgos una, dos y tres veces y tantas cuantas veces el derecho y ley de Caballería permite. Fecha en el mismo día y firmado de mí el dicho Pero Ortiz, que recibo otra traslado de ésta y del mismo don Alonso».

Gonzalo de Córdoba fomentó aquella camaradería entre los soldados. A él mismo le consideraban como un camarada más, el primer camarada, el camarada jefe que diríamos hoy. Por esto decía un soldado ya de edad a un general que le sucedió en las guerras de Italia, por tener poco en cuenta aquella práctica: «Señor, el Gran Capitán, de gloriosa memoria, que fué más esforzado que Aníbal, más sabio que Salomón y más franco que Alejandro, la principal cosa que tenía era escuchar a los soldados; oía a todos los que le querían aconsejar y después hacía lo que le parecía».

Para terminar, el conquistador del Perú, Pizarro, habló así a los que le seguían en la exploración antes de la tal conquista, cuando trazó la famosa raya, que sólo catorce traspusieron: «Camaradas y amigos, de aquel lado está la muerte, las privaciones, el hambre, la desnudez, las tempestades; de este lado está la comodidad y la molicie. Desde este lado váis a Panamá a ser pobres; del otro lado váis al Perú a ser ricos. El que sea valiente castellano que escoja lo preferible.»

Quedamos, pues, en que es más que algo distinto nuestro histórico concepto del camarada, del tabernario concepto socialista.

Arriba España: Camaradas.

Por la Patria, el Pan y la Justicia

SINDICALISMO

En estas horas de nueva vida para España, hay gentes que con una inconsciencia ridícula, tratan de darse tono con los que llaman organización del Estado corporativo, y para ello pretenden desvirtuar nuestro nacionalsindicalismo diciendo que es un modelo extranjero en contraposición del corporativismo español.

Nuestro Jefe nacional y caudillo de España, generalísimo Franco, ha dado el mentís más rotundo a cuantos no nos conocían al acoger los 26 puntos de la Falange para la organización del futuro Estado español.

Nuestro nacionalsindicalismo ni es viejo, ni es copia de modelos extranjeros; es, sencillamente, español, moderno y nacido frente a la realidad. Lo dijo nuestro Ausente y lo repitieron nuestros mejores: «Nuestro movimiento es español, es nacional y es sindicalista, metido en la entraña misma del pueblo y sin recetas de importación extranjera que ni queremos ni compartiremos.»

Nosotros, que estamos frente a los señorios y privilegios del siglo XX con que algunos candorosos aún sueñan, pretendemos no un Sindicato clasista cualquiera, sino un Sindicato vertical de producción, de verdadera solidaridad social y económica.

No queremos ni compartimos un Estado corporativo porque sería resucitar los antiguos Jurados mixtos o Comités paritarios (esto viene a ser un Estado corporativo) y que, aun a pesar de ellos, seguirían manteniendo la lucha de clases, ya que se tendrían que formar los Sindicatos horizontales «de clase—no verticales, entendámonos bien—de patronos y obreros, manteniendo de esta manera la división de clases, la separación antinatural de patronos y obreros. Figuráos unas Cámaras de gremios en que cada grupo defendiera rudamente su interés: los trigueros contra los fabricantes de harinas, los te-

Corporativismo y Nacionalsindicalismo

jedores contra los laneros y los productos de algodón, los conserveros por un lado, los siderúrgicos por otro... Sería espantoso y de imposible vida para los Gobiernos, aun por muy fuertes que éstos fueran.

Estos grandes defectos del corporativismo no salvarían en manera alguna la lucha de clases y sí, a pesar suyo, la seguirían manteniendo latente con la división en Sindicatos diferentes a los elementos que intervienen en la producción y a los organismos superiores, las Corporaciones, con las representaciones obrera y patronales.

Por el contrario, con nuestros Sindicatos verticales—y que se llaman así por ir de arriba abajo—, con nuestro nacionalsindicalismo, desaparecerá la lucha de clases, ya que intervienen directamente en la producción de una misma cosa patronos y obreros. Y como ha dicho el cerebro luminoso de José Antonio, «nuestros Sindicatos verticales no necesitarán ni de Comités paritarios, ni de piezas de enlace, porque funcionarán orgánicamente, como funciona el Ejército, por ejemplo, sin que a nadie se le haya ocurrido formar Comités paritarios de soldados y de jefes».

Si para obtener una producción determinada se necesitan técnicos, obreros y empresarios, no hay razón para separarles en diversos Sindicatos y sí, por el contrario, unirles y guiarles por un mismo interés económico y social.

La organización nacionalsindicalista destierra la lucha de clases y supera al capitalismo. El Sindicato de producción domina y controla el producto hasta su acercamiento al consumidor y tiene un capital sindical producto de una parte de sus ganancias y de las inversiones que en su caja hacen los empresarios que de él forman parte.

El Sindicato de producción consigue, pues, desplazar el capitalismo financiero sin suprimir el concepto de la propiedad privada ni el capital, acabando, eso sí, con el libertinaje del capitalismo explotador.

En los nuevos Estados europeos que dirigen voluntades de hierro y patriotas insigünes, parece que existe el corporativismo, pero aún no ha llegado a ser realidad plena, puesto que son sistemas económicos como punto de partida, no de llegada.

En Italia, en Austria, en Portugal, no ha pasado de bellos artículos constitucionales y de alguna organización artificiosa creada e impuesta coactivamente desde arriba. Alemania, en cambio, vive una vida social más justa, de armonía y de eficacia, y esta nación no está organizada corporativamente.

Así, pues, el corporativismo no es más que un sistema de transacción que nosotros no compartimos, porque así lo dijo nuestro idolatrado César, así lo ha querido nuestro caudillo Franco y porque el Estado nacionalsindicalista, Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N-S. vela por un régimen social exacto, justo y permanente, sin puntos de partida ni soluciones provisionales.

Con las dos piedras angulares del nacionalsindicalismo, Patria y Sindicato, vamos por nuestro Estado sindicalista para alterar de arriba abajo la organización de la economía, para levantar la España grande y el Imperio, para dar la Patria, el Pan y la Justicia a que tiene derecho nuestro pueblo español.

Saludo a Franco: Arriba España.

Capitalismo y comunismo

Ambas concepciones, ambos sistemas—económicos y políticos—pueden decirse realmente que desembocan en un punto que les es común. Capitalismo y comunismo son forma y esencia que se confunden e identifican; causas que, a la postre, producen iguales efectos. Y ello no puede sorprender, si se tiene en cuenta que semejantes ideas, antagónicas si se les ve por la espalda—como dice Chesterton—, pero paralelas vistas cara a cara, proceden de cerebros, almas y corazones judíos. Adam Smith, Marx, Engels, Lenin, fisiócratas, socialistas y comunistas, eran judíos de pura cepa. Y en su odio—pasión satánica—al Cristianismo, concibieron en un propósito antirreligioso, las nuevas formas económicas que, apartándose—desdeñando el decálogo—erigían la sociedad, el Estado, en principios materialistas, bien exaltando y dando rienda suelta al liberalismo (doctrina capitalista) o bien negando esa libertad y resucitando la esclavitud (ideario comunista).

En el sistema liberal, el Gobierno es un espectador sin alma, que todo lo observa impasiblemente; en el régimen comunista, el Estado lo es todo; director, actor y espectador. En el uno, la iniciativa y la actividad particular gozan de la facultad de someter y ahorrer al individuo; en el otro, la iniciativa y la actividad del Estado borran la personalidad individual y esclavizan bárbaramente al hombre. Pero, en definitiva, capitalismo liberal y socialismo integral o comunismo, son una misma cosa; degradación violenta del individuo, por la obra coactiva del Estado—pasiva o activamente establecida—que reduce al hombre a la categoría de cosa para utilizarle en beneficio de la actividad privada, o del pretendido bien colectivo, sin posibilidad de mejoramiento individual, adecuado a la iniciativa, al esfuerzo y al mérito. En el Estado liberal, el empresario modesto sucumbe bajo la competencia arrolladora de la grande empresa; en el Estado comunista el modesto empresario es eliminado por el único absorbente y supremo patrono, que es el Estado. E igual ha de decirse con relación al obrero.

Este, en el Estado liberal, es un instrumento de enriquecimiento privado, sometido a las angustias del paro forzoso si no acepta las condiciones inhumanas de la Empresa; y en el Estado comunista es, igualmente, «medio animal» que, por imperio de la territorialidad, se ve obligado a aceptar las condiciones monstruosas que le exige el patrono Estado, sin esperanza de redención, privado del calor familiar, del consuelo religioso y del estímulo de crearse con su esfuerzo un terruño que cultivar él y transmitir a sus hijos. Y aún más odioso que el liberal o capitalista, es el Estado comunista, porque así como en aquél tiene libertad el obrero para no aceptar las

condiciones que se le imponen y morir de hambre, en el segundo viene obligado a admitirlo todo y sucumbir humillado y degradado en la espantosa miseria colectiva.

Contra las dictaduras capitalista y proletaria—falsamente llamada ésta así, cuando el obrero no manda, sino que ha de obedecer ciegamente a los déspotas gobernantes, viles explotadores del embrutecimiento del pueblo—no hay otra ni más forma de Gobierno que el Estado totalitario, integrador, pleno de autoridad para declarar y hacer cumplir el derecho; para marcar a los individuos el camino de su propio bien y obligarles a recorrerlo hasta su término; para administrar e imponer la Justicia. Y este Estado es en España el Estado Nacional-Sindicalista. Estado que no coarta la libertad individual cuando ésta no se opone al interés colectivo ni al legítimamente privado; que apoya y estimula la iniciativa, la acción particular, cuando redundan directamente en provecho propio e indirectamente—pero siempre de una manera eficaz—en beneficio de la sociedad representada por el Estado. Estado que tiene por marco la nación—el sublime sentimiento de la Patria—y la constitución de Sindicatos productores—órganos de la economía pública y privada—formados por el enlace armónico de los factores empresa, técnica y trabajo, que se extienden, ensanchan, compenetran e identifican, hasta producirse en el órgano uniforme y poderoso, «gigantesco Sindicato» rector de la economía nacional, que tiene como supremo objetivo la riqueza y el bienestar de la Patria y como misión paralela la aplicación de la Justicia distributiva, dando a sus elementos lo que en magno servicio les corresponde y estableciendo entre los mismos un equilibrio ético que les erija en aliados, no en enemigos, porque de esa amistad, de esa combinación moral, dependen la satisfacción individual, el bienestar y la paz colectiva, el enriquecimiento de la nación y el poder interior y exterior de la Patria.

Ni capitalismo, ni comunismo. Contra estos sistemas brutales, el Estado nuestro, antijudáico y antimasón. El Estado Nacional-Sindicalista, asentado en la civilización cristiana, que es todo Amor; en la equitativa distribución de la riqueza, que es Justicia Social; en el calor de la familia, la reafirmación del Municipio, el robustecimiento del Sindicato, el engrandecimiento nacional, que es devoción, embriaguez, locura de la Patria y hacia la Patria: de la inmortal y gloriosa España.

Todo, absolutamente todo, por la España Una, Grande y Libre y por la Patria, el Pan y la Justicia.

Saludo a Franco: Arriba España.

C A M P O

No engañamos
a nadie

Las dos ruinas

Meditaciones
de un obrero

Asamblea
cerealista

Nos estamos desgañando por esos mundos de Dios, repitiendo una y otra vez que el agricultor merece la máxima atención del nuevo Estado. Y en verdad decimos que no responden nuestras palabras a las obras que consentimos—no que realicemos personalmente.

Hemos admitido en nuestra zona y también ¿por qué negarlo? en nuestras organizaciones, tipos desaprensivos, en los cuales nos parece menos que imposible arrancar la podredumbre que han acumulado en sus años de vida vegetativa. Y estos elementos son los primeros boicoteadores de nuestra doctrina.

¿De qué sirve nuestro cacareo de que el trabajo del campesino debe ser remunerado con arreglo a su esfuerzo, si toleramos se paguen sus productos a precios viles, contra toda ley y toda justicia? ¿Para qué enaltecer al habitante del campo por haber dado sus hijos para la guerra, si cuando se queda solo le abandonamos en brazos del usurero tendero o del judío fabricante?

Llamamos la atención de todos: fabricantes y agricultores; a los primeros, para que sepan que no pararemos hasta arrojarlos de sus sótanos—almacenes de oro—que hablan del sudor ajeno; a los segundos les decimos: dadnos a conocer todos los hechos que arbitrariamente realizados por el poderoso, redunden en vuestro perjuicio. No os quedéis como siempre habéis hecho—tragando y masticando la desgracia y amontonando odio en los corazones. Cuando algún desalmado—ladrones técnicos—trate de aprovecharse de una situación apurada que atravesáis, acudid a nosotros, sin miedo a represalias del denunciado, y os prometemos que la Falange sabrá hacer honor a sus palabras de Justicia.

Pero si seguís acobardados por las amenazas arteras de los prestamistas y compradores, no consentiremos que el día de mañana digáis que la Falange y la nueva España que se forja en su espíritu, ha prescindido de vosotros y os dejó desamparados en vuestra soledad.

Son momentos de nacer todos a una vida de redención; no penséis en que con vuestros actos—siempre que sean razonables—os creéis enemigos; tened en cuenta que se ha liquidado la época del favoritismo y la caciquería y recordad que, cuando nos llamamos revolucionarios, es con verdad, jurando por nuestros caídos implantar la Justicia, una Justicia por igual, sin fijarnos para nada en el puesto que ocupa el que ha de colocarse en uno de los platillos de la balanza.

Que se cumplan las leyes, que todos se sometan a la ordenación del nuevo Estado, y que aquellos que consideren violada la vida social, vengán con la cara descubierta, a pleno sol y ostentando como sello su traje de pana, a pedir la Justicia de la Falange, que es la del que murió en el Gólgota y la del caudillo que rige los destinos de España.

Campos de Castilla cubiertos por el verdinegro color de sus trigales—esta primavera un poco más pequeños por la escasez de substancias químicas—que cubren los surcos trazados sobre esas tierras sudadas por nuestros campesinos en sus horas de afán y de trabajo y que hoy os defienden con rabia y coraje de la ambición extranjera, exponiendo con virilidad sus vidas en los momentos cumbre del combate.

Pero no temáis; ellos volverán victoriosos al paso alegre de la paz a arrancar con amor y cariño de vuestras entrañas el pan blanco que sirva de alimento a los hijos de la España grande, amparados ya por una justicia noble, humana y exacta que antes no tuvieron.

Allá lejos, árboles, muchos árboles, pero no los suficientes—que la corriente del río se encarga de fertilizar—que cubran esas calvas abrasadas por el sol e incomprendidas por el desconocimiento de nuestras necesidades forestales o por la maldad de los que en la otra España nos gobernaron.

El coche, a la potente velocidad de su motor, acorta la distancia y ya cercano, semi oculto por unos árboles que parecen un paisaje de Rusiñol, se vislumbra un fuerte paredón de cemento, contén del agua que es fuerza y vida de una moderna Central Eléctrica.

Este milagro fué posible por el empeño y el tesón de un hombre que amó a la civilización y al progreso y que hizo de esta «aldea perdida» una fuerte acumulación de energía, símbolo de una España trabajadora. Estos muros recios y fuertes son como un agradecimiento de la masa trabajadora, a quien tanto amó, o mejor, como un homenaje eterno a su memoria. Las barcas se deslizan suaves y perezosas y a cada golpe de remo se ofrecen a nuestros ojos paisajes que, por su artística belleza, bien pudieran servir para facilitar el trabajo de los más exigentes directores cinematográficos.

Vueltas y recodos que superan la escenografía del paisaje, que la madre Naturaleza ha puesto en estos sitios; unos kilómetros de rasgar las verdosas aguas y nos encontramos ante algo que empaña lo ya visto. Son las ruinas del «Convento de la Hoz», asaltadas brutalmente por los arbustos y malezas y demolidas implacablemente por las inclemencias de todos los tiempos.

Esta ruina fué posible por la indolencia o el abandono de los que nos precedieron.

Los escudos de su mutilada fachada nos hablan de los tiempos aquéllos, en que el sol no se ponía en los dominios de España.

Obscurece sobre nosotros; el azul infinito, un poco más pálido ya por el efecto de la tenue acción de la luna, nos cubre como un manto imperial.

Los peces centellean acrobacias sobre la tranquila superficie de las aguas y allá, de entre los vericuetos de las laderas pobladas de enebros, nos llega, débil ya por las distancias, el canto de un perdigacho que rompe por unos momentos esta dulce paz que nos rodea.

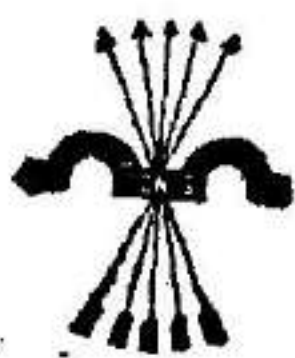
Contemplo nuevamente las ruinas y pienso con tristeza que con un poco de energía y otro poco de cariño estos muros, hoy olvidados, hubieran seguido mostrando a las generaciones la grandeza imperial que en otros tiempos tuvieron.

Este mismo abandono me hace recordar a esos otros muros que son nuestra España, por la que nuestros hermanos luchan al grito de Arriba y Viva España; para eso precisamente, para que los fuertes muros de grandeza y de su imperio no sean mañana un montón de ruinas olvidadas de las generaciones venideras.

Por eso luchan contra esos malos tiempos, que criminalmente quieren destruirlos y que son las doctrinas internacionalistas importadas a España por la secta judío-masónico-moscovita y consentido por la indolencia de los parásitos que nos gobernaron y no hicieron nada por impedirlo. Por eso luchan los soldados de España: por el total exterminio de estos arbustos y malezas y por que la Patria, el Pan y la Justicia sean una gran verdad sobre la grandeza imperial de la nueva España.

UN OBRERO DE F. E. T. DE LAS J. O. N. S.

Carrascal del Río.



El generalísimo ha firmado un Decreto, número 279 del nuevo Estado, relativo a la recolección agrícola, que ha de comenzar en estos días. Dos razones motivan dicho Decreto; una, permanente: la riqueza que para España representan los productos de la tierra próximos a cosecharse; otra, circunstancial: la necesidad de sustituir y compensar a los que se ausentaron del campo para el servicio armado de la Patria en la próxima cosecha; lo que significa que a su acertada y rápida realización ha de ser supeditado cualquier interés individual. Y también que el órgano competente del Estado habrá de dictar las normas a que la recolección ha de ajustarse normas que logren el servicio del supremo interés nacional. Los Ayuntamientos podrán organizar una movilización de personal y un servicio de prestación de maquinaria y ganado existentes en su término y habrán de facilitarlos a los Ayuntamientos colindantes cuando hayan cubierto las necesidades de su jurisdicción y adviertan la falta de medios en los vecinos. Con el mismo espíritu las autoridades de todas clases facilitarán el traslado obrero y material agrícola de la localidad a localidad y de provincia a provincia. Decreto y orden responden a un concepto permanente de lo que es la riqueza agrícola y tienden a la necesidad de la hora en que vivimos.

En Valladolid, y para el día 20 del corriente, se prepara una Asamblea cerealista, en cuyo programa se trata de buscar solución al problema del trigo; así como orientar la política agraria en sus variados aspectos, a fin de presentar conclusiones concretas a la Junta Técnica del Estado.

Nosotros, ante esta interesante Asamblea, tenemos una clara posición: aplicar a la vida rural el programa contenido en los puntos de nuestro ideario, donde se da una solución precisa a todos los problemas que afectan a la vida campesina.

Ahí están permanentes y firmes las grandes directrices que no son elucubraciones de la fantasía, sino fruto de realidades tangibles.

Aplíquese sin titubeos los puntos de la doctrina de Falange y el campo surgirá potente y con él España.

Pero de todos ellos el que urge aplicar es el que se refiere a la revalorización de los productos de la tierra. No es posible que la agricultura española siga funcionando con precios ruinosos; no es tolerable que determinados grupos industriales que transforman productos que salen del campo se lleven parte de la ganancia legítima que, en justicia, corresponde al labrador.

Hágase un estudio económico de la producción, valórense debidamente todos los factores que en ella intervienen y deduzcan un precio que compense al labrador de sus fatigas y desvelos, permitiéndole aumentar su capacidad económica, que repercutirá en el resto de la economía nacional.

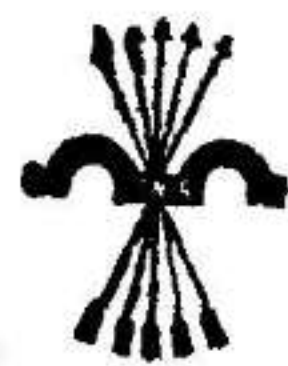
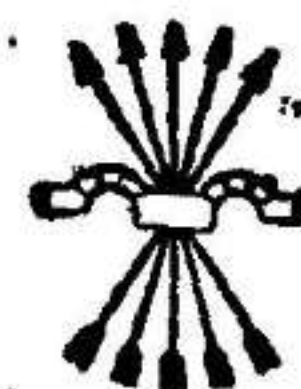
Se nos dice que este estudio está hecho, que ya se han marcado precios de tasa, pero nosotros decimos, que, a pesar de todas las medidas tomadas, ha sido letra muerta. Son muchos los portillos y las habilidades que se emplean para burlar la ley. Contra las resistencias pasivas poco puede hacerse cuando no hay una organización sólida en que apoyarse.

A organizar el campo para la producción y la defensa es adonde han de dirigirse nuestros desvelos.

El campesino hasta ahora, por su exagerado individualismo, ha permanecido aislado; su voz no se dejaba sentir en las alturas.

Agrupemos a los labradores en potentes Sindicatos. Desde ellos favorezcamos y abaratemos la producción; almacenemos, transportemos y vendamos en conjunto los productos y estaremos en condiciones inmejorables para sostener unos precios, precios que el campo no quiere que sean excesivos, pero tampoco que se envilezcan hasta límites que hacen la industria agrícola, eje y nervio de la nación, una industria en franca ruina.

Saludo a Franco: Arriba España.



V

I

D

A

Patria

«Es misión esencial del Estado—dice el punto 23 de la doctrina Nacional-Sindicalista—, mediante una disciplina rigurosa de la educación, conseguir un espíritu nacional, fuerte y unido e instalar en el alma de las futuras generaciones la alegría y el orgullo de la Patria». Y a esto precisamente, a hablaros de algo tan apasionante y vital como la Patria, quiero dedicar este artículo, procurando evitar todo prejuicio que pudiera enmascarar la verdad y poniendo de relieve con todo fervor, con todo cariño y sin egoísmos—pues nuestro patriotismo no está basado en la reflexión sino en el impulso y de ahí que no sea egoísta; sino natural. Cual nace del alma—la grandeza de nuestra bendita tierra.

El hombre no tiene la facultad de escoger la Patria que quiera, esta libertad de elección es una leyenda. La Patria no se escoge, se tiene, como se tiene el rostro, las actitudes y el carácter, no porque se hayan adoptado, sino porque con ellos se vino al mundo. Así es la Patria. La tenemos, como tenemos madre y en vano intentamos buscar una madre postiza.

El amor a Dios y a la Patria son, sin disputa, las primeras y más poderosas inclinaciones que debe tener todo ciudadano; pudiendo con toda verdad decirse que nunca será excesivo el cuidado que se tenga en inspirárselas. Respecto al conocimiento de Dios e inspiración de amor hacia El, existen personas consagradas a este Ministerio. Pero para inspirar el amor a la Patria, nada absolutamente hemos hecho ni hacemos. Los más de nosotros, por efecto de una mala educación, nacemos, vivimos y morimos sin pensar jamás en ella y sin saber qué significa este nombre grandioso. Semejante ignorancia es origen del desamor con que miramos su interés. Y en efecto, ¿cómo se ha de amar lo que no se conoce?, ¿cómo nos hemos de interesar en el bien común, si no le entendemos?, ¿cómo hemos de ser buenos ciudadanos si ignoramos nuestras obligaciones?

Claro está que esta educación patriótica tropieza con grandes dificultades, pues la primera de ellas está en su propio origen, ya que el concepto de la Patria es tan amplio y a su vez tan poco preciso que no es dado a nadie definirla. Sin embargo, después de examinar diversos bocetos de definición de Patria, que nos señalan en ella influencias geográficas e históricas, raciales y de lengua, religiosas y culturales, escogeremos para tener una idea aquella concreta concepción, que nos dice de la Patria que es: «UN ALMA, UN PRINCIPIO ESPIRITUAL COMPUESTO DE DOS ELEMENTOS: EN EL PASADO, UNA HERENCIA DE GLORIOSOS RECUERDOS QUE COMPARTIR; EN EL PORVENIR, UN MISMO PROGRAMA QUE REALIZAR». Y si nos atenemos a esta definición, España es hoy la Patria por excelencia, pues puedo afirmar que respecto a la primera parte no existe otra nación capaz de poder aportar en un plebiscito de naciones una Historia como la nuestra en la que han dejado huella indeleble capitanes como Gonzalo de Córdoba, Cortes, Pizarro; héroes como Daoíz, Velarde; marinos como Colón, Núñez de Balboa, Elcano; teólogos como el confesor de Carlos V y paisano nuestro, fray Domingo de Soto, el colegial mayor y catedrático de aquella sin igual Universidad de Salamanca, Gaspar de Villalpando, también segoviano; filósofos, oradores y escritores sagrados que llegan a la máxima perfección con Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz; artistas que tienen como representantes, al imaginero Montañés, al arquitecto Herrera, que es capaz de legar al mundo su octava maravilla; Velázquez, Murillo, Goya; historiadores y literatos como Zurita, Solís, Díaz del Castillo, el inolvidable Colme-

nares, el marqués de Mondejar, Quevedo, Lope de Vega; médicos y naturalistas como Fernando de Sepúlveda, Azara, Cabanillas, Miguel Servet, descubridor de la circulación de la sangre, y el universal Andrés Laguna; y sobre todas estas figuras, la colosal de Miguel de Cervantes, guerrero en Lepanto y escritor inigualado creador del eterno y único «Don Quijote».

Pero aun esto, con ser mucho, no puede compararse con la empresa cumbre, sin igual en la historia de la Humanidad—y por lo que España puede usar del nombre de madre universal—, realizada por nuestra Patria, es el descubrimiento de un nuevo Continente y más que el descubrimiento su conquista y más que su conquista su colonización, que, a pesar de la leyenda negra, fundió sin odios a españoles y a indígenas creando nuevas razas, cuando hoy en plena euforia democrática y de civilización, existe en naciones que se tachan de formar en la vanguardia de la democracia y de la civilización, el odio al hombre de color.

Me parece oír mil voces de pendientes intelectuales escandalizarse de lo que digo, y exclamar: «Todo esto es verdad, pero ¿y respecto a progreso científico, qué es lo que hace triunfar a los pueblos? Y que en este particular sí que España está muy por bajo de otras naciones. No olviden los que tal piensan que nuestra Patria fué, en otros tiempos, una nación eminentemente científica, según lo prueba la gloriosa tradición de la España romana y árabe y los nombres, entre otros mil que pudiera citarse, de Servet, Laguna, Azara, Cabanillas, etc., y que si precisamente tiene algún defecto—¿hay quien esté libre de ellos?—para eso luchamos hoy, para corregirlos. Somos imperfectos, pero tal vez no tanto como algunos pedantes han fingido creer.

Con esta gloriosa tradición, a España no le será difícil volver a ser lo que ha sido. A quien os diga que no podemos ser vencedores en el mundo, usando del antiguo latiguillo de la «inerencia española», contestadle con una fecha: DIECIOCHO DE JULIO, y hacédele saber que España dejó de ser la nación enferma y decadente, la nación en la que la masa popular, falta de cultura y de riqueza, se movía en un plano inferior a la de otras naciones, y que si fué, durante muchos años, como un niño retrasado, precisamente por haber tenido que actuar de hombre maduro en plena infancia, el conocimiento y el amor a la Patria nos capacitará para hacer de este «niño» un ser reflexivo y consciente.

El que no ama a la Patria es que es incapaz de amar. Grandes son los ideales de humanidad y de Patria universal; pero no pueden concebirse más que como una expansión de la Patria efectiva. Amando a la tierra en que se ha nacido, amando a los lugares en que hemos jugado de niños, en que hemos despertado a la conciencia y el amor, se aprende a desear la dispersión de este amor a todos los confines del planeta, para trasladar a ellos todo nuestro cariño, todos nuestros conocimientos, nuestra Religión y toda nuestra sed de Imperio. Pero no amándola, no; porque sobre la aversión de nuestro propio país, no puede fundarse más que el odio al resto del mundo.

Ahora, por tanto, la Patria tiene una realidad más vasta, a despecho de los particularistas que nos amenazan con retroceder cuatro siglos. La nueva España responde ya a estos grandes ideales de internacionalismo, pero no de un internacionalismo ruin y lacayo, al estilo de Moscú, sino fundado étnica e históricamente, en el que vaya el nombre de Es-

MIRA, MUNDO...

El señor que liberta esclavos

por Teófilo ORTEGA

No parece estampo propia de un siglo que alardea de progreso, pero es así.

Mirad el cuadro, con todas sus trágicas características.

En el campo enemigo, se han reclutado jóvenes inexpertos de toda Europa. El choque con la realidad y la verdad de esta guerra, que en aquella parte se siente enajenada de cuanto pueda significar nobleza y espíritu, les pudo hacer desistir, abandonando las armas.

Para evitar las deserciones, por toda la zona roja se ha retornado a un estado y procedimiento que se consideraban definitivamente superados. Allí han surgido de nuevo masas de combatientes forzosos en los que se ha perdido toda confianza y a los que se recurre, para mantenerlos consigo, a encadenarlos a las ametralladoras. Hay cautivos, llanto y nostalgia y recuerdo de una tierra perdida por ir tras un sueño que es, en la España roja, despertar a lo más bajo y ruin que concebirse puede.

Y hay también señores. En la estampa de vejación y oprobio a la dignidad humana, no podía, no debía faltar, en magnífico contraste, el señorío. Lo mejor de un pueblo, que es señor, y un señor, el caudillo, a la cabeza de lo mejor de un pueblo.

Señor que detiene la mano homicida, obligada a luchar, vendida por oro o atraída por un vil reclamo, diciéndole:

—Ya no te sujetan cadenas a la ametralladora. Retorna a Europa, y di cómo procedieron contigo en el campo nacional y en el campo marxista.

Así fué. El caudillo ha decretado la libertad de cincuenta prisioneros de guerra, que formaban parte de la Columna Internacional.

Eran esclavos, que gemían en el duro cautiverio marxista. Cuando les reclutaron en Francia, Inglaterra, Checoslovaquia y Bélgica, les hablaron de luchar frente a un peligro que amenazaba al mundo; de oponerse a un levantamiento egoísta, sin ideal, sin espíritu, cuyo triunfo podía turbar el curso de la Historia. Al trasponer el Pirineo, si no todos, aquellos que veían la realidad con sus propios ojos y no con los ojos de los dirigentes y propagandistas del marxismo, observando que en lo alto, grande e ideal por que se lucha en la tierra herida de España, no ondeaba precisamente en el campo del invasor asiático, sino en el nacional, donde palpita íntegra y sana, la verdadera entraña española de civilización y de luz. Desde ese mismo instante, al comprender que eran nuestras armas las que levantaban en alto, con coraje, fe, esperanza, espíritu, sacrificio, quisieron abandonar el campo, retornando a su tierra perdida. No pudieron; y al emplear para asegurar su permanencia, los medios más bajos y brutales—que es simbólico el hecho, repetidas veces comprobado, de hallar junto a las ametralladoras los cadáveres de quienes las servían, jencadenados!—se sintieron esclavos. Cautivos en las mallas tendidas por quienes son ya, mueran o no mueran, extranjeros en su propia Patria; por quienes, rabiosos por su ambición frustrada, por la miserable condición de sus instintos, se han querido vengar de ser lo inferior, desencadenando, desde el Poder, con asesinos como el de Calvo Sotelo, esta guerra, con el propósito fracasado de acabar con toda demostración y prueba de valor, de superioridad, de nobleza.

Eran esclavos. Y ¡oh, virtud del señorío!, al pasar a nuestro campo, siendo enemigos, consiguieron libertad. En el aire puro de Salamanca donde estos días se teje la Historia de España, el Caudillo les ha dicho ante la expectación del mundo: «Sois libres». Les ha entregado una soldada llevándoles hasta la frontera. Eran las más emocionantes palabras que escucharon en España, de respeto para lo que tienen de seres humanos.

Sin proponérselo, el Primer Soldado de Imperio, ha conseguido algo más que dar con ese gesto satisfacción a los sentimientos de la Nueva España, que son los suyos propios. Ha hecho una labor utilísima. Ha destacado, Caudillo, por Europa, esas voces avergonzadas y experimentadas que van a contar a un padre desdenado, que en este caso es madre, porque es tierra perdida, la nueva parábola que han vivido de ser, por gracia y en virtud del gesto señorial de Franco, otra vez hijos pródigos, que van a enseñar a Europa cómo trata a los que se esclavizaron por el Mal, el Bien de la Nueva España, a cuyo sólo nombre la cautividad y la esclavitud, consiguen su rescate, aunque ¡ay!, nos cueste el vencimiento de la maldad de los nuestros y de la maldad que nos llega de Europa, lo más puro, lo más rico, lo mejor de la sangre española.

España triunfará; basta para ello ejercitar la voluntad y sacudir la pereza. España ha encontrado en Franco el reactivo que necesitaba y ofrece, en fin, su temple moral, robusto y firme a la conquista de un viejo Imperio. Los engañados saldrán de su error y aprenderán a amar a la Patria que olvidaron. Los que no saben nada más que abortar, se ahogarán en las charcas del odio que ellos mismos engendraron. Alcanzaremos nuevamente lo que fuimos y realizaremos en el mundo el objetivo que Dios nos señaló y con esto nuestro trilema: España una, grande y libre.

Saludo a Franco: Arriba España.

Por la Unidad, la Grandeza y la Libertad

I M P E R I O

«¡Oh, Cristo, Rey de Reyes y Señor de los que dominan!» Ante Ti comparece España, se prosterna reverente y cabe tus plantas renueva el juramento de fidelidad, su adhesión secular, ininterrumpida e inquebrantable, a pesar de los habilidosos conatos descristianizadores, a pesar de los titánicos esfuerzos en contrario durante estos últimos tiempos—miserable etapa de insulto a la tradición, lustro de vergüenza para la generación presente, falta de maldición para la hispanidad futura—, verdadero paréntesis de ignominia emborronado a lo largo de una Historia inmaculadamente cristiana y encerrado entre dos hechos nefandos: la injuriosa declaración oficial de un malvado en 1931, proclamando entre aplausos renegados y felones que «España había dejado de ser católica» y la sacrílega crueldad de unos sicarios en 1936, que concibieron y ejecutaron, en su impotencia, la cobarde avilantez de fusilar tu efigie. Aquella efigie que presidía nuestro solar y nuestros corazones, después de haberla derrocado del magnífico solio en que te había entronizado la nación española en medio del escándalo y griterío de la masonería mundial.

¡1931! Es la fiera desenjaulada, pletórica de vida, rugiendo amenazadora. Es la parda nube, presagio de la tormenta en medio de la cerrazón absoluta del horizonte nacional. ¡1936! Son los postreros aletazos del monstruo que agoniza, herido de muerte. Son los finales relámpagos de la tempestad, que se aleja, cuando en el cielo de España había despuntado la aurora, cuando tras prolongada noche había empezado a amanecer.

Ahora, Señor, por Tu infinita misericordia, ya esplende el rojo disco solar en las frentes, reflejándose sobre un límpido firmamento de azul en los pechos. Pasado y porvenir de la Patria unidos en un presente de «tierna madrugada», prometedor de esperanzas risueñas. ¡Sueltas las águilas que vuelan y disparadas las flechas que hienden!

Ante Ti comparece España; ante Ti dobla la rodilla España, España, cuya unidad de destino nació en Covadonga junto a la Cruz. España, cuya adolescencia la forma una cruzada gigantesca de ocho siglos a la sombra de los pliegues de tu Lábaro. España, cuya elevada celsitud—apogeo esplendoroso de fulgente astro—a Ti te lo debe todo y humildemente lo reconoce. España, cuya decadencia—dorado crepúsculo de gloria—provino también de tu generosa mano, por haber agotado sus energías en Tu defensa.

¡Triunfal ascensión! ¡Apotheosis magnífica la nuestra siendo los paladines denodados de Tu Evangelio! ¡Esplendente ocaso, «atardecer de oro y sangre», en la prosecución de tan excelso ideal. Tú bien sabes, Señor, que esto fué precisamente—más fatigas y sudores, más abnegaciones y renunciaciones, más penalidades y sangre—lo que nos costó. Tú no desconoces, en la amplísima visión de Tu sabiduría eterna, que aquellos dos siglos imperiales vienen a constituir una imitación, una huella de tu vida, pasión y muerte.

Tú pasaste por el mundo «haciendo a todos bien» y prodigando milagros y doctrinas de salvación. Tu actividad y encendido celo rayaron y sobrepasaron en los años de Tu vida pública a cuanto la humana razón puede concebir. No te daban tiempo ni lugar tus trabajos y predicaciones a reclinar siquiera tu sagrada cabeza. Siempre con la vista fija en cumplir la voluntad del Padre, ue te había enviado. Entretanto, «as aves tenían nidos y madrigueras las raposas».

Así también nosotros los españoles hemos trabajado con impaciencia febril y enardecido entusiasmo por la conversión del orbe, derrochando milagros de heroísmo, prodigios de doctrina en todos los órdenes de la vida, sin apartar de Ti la mirada, que eras nuestro Padre, nuestro Caudillo, nuestro Mentor. «Cristo es nuestro Capitán general», fué la consigna dada por don Juan de Austria y transmitida de navío en navío, de galera en galera, de boca en boca, la víspera de enrojarse las ondas clásicas de la rada inmortal, al contacto de la cruenta púrpura otomana.

Desde Mühlberg a Nördinga, del duque de Alba al cardenal Infante, hay torrenes de sangre española vertida con generosidad y gallardía, por Tu Causa, ante los muros de París y en la Valtelina, en Amberes y Breda, en los campos de Germania y en las dunas holandesas, en los arenales africanos de Argel y en las aguas helénicas de Lepanto, en las Sicilias, en la Borgoña, en el Rosellón, en la Lombardía... a más «de los ríos anchos como mares», derramados en América, en el Pacífico, en los australes índicos océanos, semejantes a los caudalosos y crecidos cauces de aquel ignoto continente.

Esto no lo computamos, Señor, esto lo ponemos a parte; porque, si bien es cierto que lo llevamos a cabo, como todas nuestras iniciativas y empresas, a tu mayor gloria, poniendo por testigos a Javier y a los apóstoles americanos; pudiera, sin embargo, creer la inextinta progenie de atimados míopes, pudiera tal vez argüirnos la perdurable ralea de malintencionados, que tan sólo buscábamos allí nuestro particular provecho: la satisfacción de ambiciones miras o el afán de un desmedido lucro. Pero en las demás regiones europeas... ¿qué otro intento nos movía, qué otra finalidad nos impulsaba a los desiguales combates, a las homéricas peleas, al incensante hallarnos sobre las armas, a la ubicuidad combativa de nuestros Ejércitos y Armadas, a reprimir aquí, amenazar allá, sostener más lejos vacilantes diademas, soportar con estoicismo y tenacidad amplísimas coaliciones, sino tu honor y enaltecimiento más que un deleznable auge de nuestro poderío o un atolondrado ensueño de dominación universal?

Nos había dotado tu Providencia de un territorio extenso, la madre España, privilegiada metrópoli, deslindada por mares y cordilleras, unida, vigorosa y homogénea, fuente de naturales recursos y vivero de hombres valerosos. Poseíamos espléndidas colonias, dilatados dominios, en los cuales jamás el sol hacía su ocaso declinaba, gozoso de alumbrar sin interrupción, tierra española. África nos brindaba un porvenir brillante. Las Filipinas y Molucas sus especias y exquisitos productos. La India sus incalculables riquezas y el marfil de sus elefantes. El Celeste Imperio sus artísticas lacas y sedas primorosas. La Arabia sus perfumados bálsamos y mirras aromáticas. América raudales de plata y oro... ¿Qué más podíamos anhelar en tan des-

lumbradora opulencia? ¿Qué pálido señuelo nos iba a seducir rodeados de tan fastuosa magnificencia? ¿La grandeza política? ¿La gloria militar? De las dos, ninguna nos faltaba.

Los pesados galeones de nuestra flota, con sus hinchadas velas y duros cordajes, paseaban, tranquilos y majestuosos, el pabellón hispano por todos los mares, circundaban, los primeros con Magallanes y Elcano, el satélite solar y lo aprisionaban en apretado abrazo; surcaban, dueños absolutos del tridente neptuniano, todos los océanos, intimidando a delfines y tiburones y dejando, a su paso, trazada luminosa estela de espumas albas.

Ejercíamos en el viejo continente una hegemonía incontestable, un asombroso predominio, como no se había ejercido antes, ni se volverá a ejercer jamás. Invictos en todas partes, invencibles en nuestra casa, hablaba el Rey de España y su voz, llevada y defendida por austeros y dignos embajadores: los Mendoza, los Quevedo, los Saavedra Fajardo..., era escuchada en las cancellerías de Europa con religioso respeto y unánime aprobación. «Defensor nato del catolicismo», sus intervenciones inspiradas en la Verdad, la Justicia y la Patria, «categorías permanentes de la razón» y no arbitrarias «decisiones de la voluntad», como quería Juan Jacobo, irradiaban una influencia, infinitamente mayor en la vida de los pueblos, que los turbios y maquiavélicos manejos de la corrompida Duma ginebrina.

Nuestro prestigio bélico rayaba en lo legendario. Un aventurero con escasas centurias conquistaba más provincias de remoto Imperio que ciudades habían logrado sus abuelos al César castellano de Toledo. Tal otro secundado por «los 14 de la fama», seguido de reducidas huestes, subyugaba un reino dilatadísimo, apoderándose, al paso, del más increíble tesoro, cual no soñaron los más potentados Crasos de la antigüedad. En las recientes campañas napolitanas de Ceriñola y Garellano faltan las campanas, para repicar por los continuas victorias, que estaban a la orden del día. Más allá, en los Países Bajos, aguerridos tercios enfrenan a dos potencias enemigas y mantienen en perpetuo jaque a levantiscos vecinos. «Nuestros Ejércitos tenían fama de invencibles y, multiplicando la escasez del número por las ventajas de la disciplina y el coraje, pudieron cubrir, más de una vez, un frente fabuloso, un frente cósmico, desde el Misisipí al Vístula y del Escalda al Río de la Plata».

Honroso título de nobleza debía de ser el haber militado en tan inmortales filas. El mismo Emperador no era sino un voluntario más: «Para muestra, Carlos de Gante, soldado de la compañía de Antonio de Leiva», apuntaba el contador en Argel. «Hubiérase creído que eran príncipes: tan apuestos eran y tan arrogantes y con tanta elegancia marchaban», exclamaba un duque extranjero. Y mientras los mercenarios que nos combatían eran brutalmente tratados por sus jefes, aquellos invictos héroes de leyenda, aquellos rayos de la guerra que se llamaban Gonzalo de Córdoba y don Juan de Austria, Pescara y Farnesio, habían de dirigirse a sus leales en respetuosa fórmula: «A los magníficos señores, capitanes y soldados, de la infantería española».

¿Cuál no dejaría sentirse nuestra pujanza, cuando aquel insigne generalísimo imperial, Pescara, arengaba unas semanas antes de Pavía: «Mis leones de España: dad gracias a Dios por haberos puesto sobre todas las naciones del mundo», cuando Barrantes, alejado y solitario en las márgenes danubianas, cantaba:

Espanoles, españoles,
¡cuánto debéis al Señor!
que todos os han temor.

Pues toda esta opulencia, todos estos olímpicos esplendores lo hubiéramos conservado por mucho tiempo, acaso hasta los días presentes, con sólo haber seguido una política materialista de «espléndido aislamiento».

Con haber abandonado Bélgica en las garras del calvinismo; a Francia en poder de los Hugonotes; a la noble nación germánica bajo la férula de Gustavo Adolfo, en la división y anarquía de sus príncipes; a Irlanda gemir oprimida y sin apóstoles, que continuamente mantuvieran el fuego sagrado del catolicismo en aquel desventurado, cuanto heroico país; a la Italia hermana en las maquinaciones de sus tiranuelos y repúblicas, los otomanos de Selim avanzar, devastada el Austria, hasta las puertas de Roma consternada, al Pontífice presionado y sin libertad, a merced de «tales sirtes y bagios», destituido de humano auxilio y sin otra esperanza que la salvadora promesa de tu indefectible asistencia... con haber pactado por luteranos y turcos, como pactó Francia en su odio insano por abatirnos, con haber dejado a todos aquellos poderes y ambiciones disputarse los estrechos palmas de suelo europeo, nosotros hubiéramos logrado acrecentar y consolidar la posesión del resto del planeta: Asia y Africa, Oceania y América, meno difíciles de sujetar que los hostiles conglomerados de Europa.

Si no procedimos así, fué solamente por anteponer a nuestro interés tu honor y gloria. Quisimos más bien que el mundo continuara católico, que permaneciera en aquella santa unidad «en el hombre y entre los hombres», que solamente hubiera «un solo rebaño y un solo pastor», que no se rasgara más aún la túnica inconsútil de tu Iglesia, que Tú ganaras terreno y adoradores a costa de nuestra potencia colosal, que subsistiera tu honra, proclamada por toda la naturaleza racional, aunque cayera derrumbándose nuestro Imperio.

Esta fué nuestra vida y la única clave que explica nuestro proceder internacional: brazo tuyo, servicio tuyo, defensa tuya, inspiración tuya.

Y encima de tanto sacrificio abnegado por la causa de la Cristiandad, como ninguna otra nación del orbe puede alegar en su haber, se nos injurió y vilipendió por lo que encerraba nuestro mayor timbre de gloria.

Aquí empieza nuestra Pasión y Muerte tan semejantes a las tuyas: los escribas y fariseos, los primates de la Sinagoga y los saduceos condenáronte a muerte, porque desenmascarabas su conducta criminal, porque esparcías

O r a c i ó n d e España

a C r i s t o

TAREA Y PROFESION

Dignidad del Magisterio

El maestro siempre ha sido la puerca cenicienta de la sociedad. Desde tiempos remotos se ha considerado al Magisterio como cosa sin importancia, para enseñar a los niños vale cualquiera; por eso, al no dar importancia profesional a su misión educadora, tampoco tenía importancia moral, ni hace falta que su remuneración económica fuera grande, ¡porque para lo que hacía!

Así ha pasado tiempo y más tiempo, hasta que un ministro de la Monarquía vino a elevar algo su dignidad profesional y, con ella, la económica que los tiempos aconsejaban. Pero no era bastante esto, ya que era una rama de la sociedad a quien le correspondía hacer tanto por los futuros hombres. Y todo el cariño, toda la buena voluntad y toda una consideración social debía haber sido para él. Los pueblos para ser grandes, cultos y respetados, tienen que poseer dos ministerios, los cuales serán en los que la nación tendrá puestas sus esperanzas, que son Guerra e Instrucción pública.

El primero supone el dar a la nación la importancia internacional que merece, ya que será respetada si su organismo defensor es fuerte y decidido y al mismo tiempo será tomada en consideración si su nivel cultural está por encima de cualquier vulgarización técnica y sus hombres poseen laboratorios, fábricas, escuelas especiales de investigación, Institutos, Universidades y Escuelas Normales dotadas de todo material teórico y práctico necesario para llevar a feliz término una buena enseñanza.

Todos sabemos que el siglo XX se le ha dado en llamar el siglo del niño, y también sabemos todos cuánta gente han ridiculizado la nueva técnica de enseñanza de la infancia, creyendo que lo que hacían era simplemente una censura vulgar, sin darse cuenta de que su deber no era ese, sino apoyar la nueva educación, procurando inculcar en las ideas de la gente poco culta y pensadora, que precisamente había que elevar la cultura del maestro para que éste supiera elevarla a la categoría y dignidad que el pueblo español se merece; pero no en forma laica y de sentido materialista, sino en forma cristiana y apostólica, siendo el maestro un imitador de aquel gran Maestro de los maestros, que todo su afán era estar junto a los niños y darles a beber las enseñanzas más puras y hermosa que todo un mundo no supo apreciar en su altísimo valor formativo y humano.

La España nacionalsindicalista ya ha dado su primer paso en cuanto al Magisterio se refiere; tenemos un caudillo, hombre verdaderamente espiritual, que Dios puso en el camino de su España para que la salvara de una muerte segura, y este hombre, verdadero ejemplo de apóstol, de sabiduría, de voluntad firme, de conciencia justa, de hombría de bien y de tantas y tantas cualidades como su persona representa, ha sellado por primera vez en la historia del Magisterio español, con su presencia, el cierre de una Asamblea-cursillo que el Magisterio ha tenido en Salamanca, con unas palabras que son pocas y concretas, como todo lo suyo, pero que representan ya toda una dirección y todo un valor para el Magisterio.

De aquí en adelante el maestro será eso, el formador único de la conciencia del niño, como el médico es el defensor heroico de nuestra salud y el militar la piedra firme donde se sostiene la dignidad y el poder de la nación.

No habrá mixtificaciones, ni equivocaciones peligrosas en la dirección técnica de la enseñanza. No habrá divergencias entre los maestros, que tarde o temprano no sirven más que para repercutir en quien menos culpa tiene, que es la educación del niño.

Este caudillo providencial, por intermedio de sus organismos técnicos, llevará al alma de los educadores lo que está llevando al alma de todo el pueblo español: la unión, esa santa unión que será la que reivindique a nuestra heroica y madre España; la que haga cambiar el rumbo de política morbosa que hemos padecido; la que forme hombres que trabajen sin descanso por el bien de su Patria, pero sin miramientos personales ni egoísmos ambiciosos; la que encauce en misión santa todas y cada una de las aspiraciones profesionales del hombre, sin ver en unos más postín o menos dignidad que en otros. Todos iguales y cada uno a cumplir con su misión de españoles; todos a obedecer ciegamente las órdenes de nuestro providencial caudillo Franco, y con el pensamiento elevado a Dios y la voluntad puesta al servicio de España, conseguiremos sacar unas generaciones que, cuando consigan pasear sus enseñanzas y sus directrices ante el mundo, sirvan de ejemplo a los hombres y de orgullo a su Patria, por ser españoles, católicos y dignos discípulos del Ausente, nuestro César, que también con inspiración divina supo ser vidente de nuestras aspiraciones y fundador y fomentador de nuestras doctrinas, hoy con justicia incorporadas al Gobierno del Estado español por nuestro Jefe invicto del Estado generalísimo Franco.

Saludo a Franco: Arriba España.

El delegado provincial del S. E. M. de F. E. T. de las J. O. N-S.

La verdad sobre el Magisterio

I

Comienzo hoy una serie de dos artículos aclarando algo la situación del Magisterio nacional ante la opinión, por creer de necesidad que todo el mundo sepa que no puede caer sobre un cuerpo las insidias que gente aprovechada y poco escrupulosa ha lanzado sobre el benemérito cuerpo del Magisterio nacional. Tanto se ha hablado y comentado en estos últimos tiempos sobre la actuación de los maestros, que es preciso e imprescindible que pongamos las cosas en su verdadera significación para que este organismo profesional quede en el lugar que le corresponde. No vamos a romper una lanza en favor del mismo, por pertenecer a él; es que la justicia reclama que, en honor de ella, se rompan mil lanzas si es preciso. Depúrese en el cuerpo cuanto haya que depurar; extírpese aquello que deba extirparse, pero no se arroje sobre el Magisterio toda la responsabilidad de cuanto desgraciadamente viene sucediendo en nuestra amada Patria, siendo irresponsable del caos en que gente desaprensiva y sin conciencia ha metido al país en una aventura de ensayo asiático, desacreditado hasta en su punto de origen.

Al Magisterio no se le ha llegado a comprender por nadie. La nefasta política y sus corifeos, bien fuera de izquierda o de derecha (que de todos hubo en la viña del Señor), no ha hecho más que hablar de la escuela y de sus servidores los maestros, sin importarles un ardite ni a unos ni a otros. Para los políticos de izquierda éramos unos retrógrados, cavernícolas y llenos de prejuicios monjiles. En sus mítines, en sus manifestos, en sus asambleas, lo pudimos observar, prometían mucho para captar adeptos y siempre escuchábamos el mismo disco: «Nosotros que hacemos esto y lo otro con el Magisterio; nosotros que pensamos hacer lo de más allá, hemos de decir que este cuerpo debe dignificarse, debe hacerse acreedor a las actuales circunstancias» y esa dignificación era para la política izquierdista el llevar al Magisterio a las Casas del Pueblo, el hacerlo marxista, porque el Magisterio, como colectividad, no lo fué, y una prueba es lo que está sucediendo con los maestros madrileños.

Tenemos noticias de las vicisitudes del maestro en lo que fué capital de España y la que será pronto, cuando lo ordene nuestro generalísimo, reconquistada para el honor de la nación; allí está sufriendo el maestro la mayor y la más grande de las persecuciones. Mil doscientos maestros existían en Madrid; parece que la gran urbe es donde radicaba el mayor foco de elementos de izquierda. No olvidemos que en estos últimos años se ha llevado un numeroso grupo de maestros a la capital, encubriendo la mercancía con unas normas legalistas, pero que resultaban sinecuras para colocar amigos y correligionarios (salvo escasas excepciones), pues en la cuna del marxismo, en la mayor contaminación del cuerpo, sabemos que están inmolan-

do a muchos compañeros por no ser marxistas.

Se cuentan a centenares los maestros sacrificados por las hordas comunistas. Hay centenares que están o han estado en cárceles por el motivo de ser simpatizantes de los Gobiernos derechistas y la mayoría del Magisterio ha sido declarado cesante en su función. De haber imperado unos días de marxismo en todo el territorio nacional, el cuerpo de maestros hubiera sido diezmando. Y es que el maestro era para los sin Dios y sin Patria un elemento de orden y de derecha.

Pero volvamos la hoja y veamos qué sucede en nuestro campo. La incompreensión existe en él; para la gente de orden, el Magisterio es un cuerpo revolucionario, pretencioso y pedantuelo. TRISTE SINO EL DEL MAESTRO DE ESCUELA. A cualquier hora podéis escuchar por esas calles de Dios expresiones como esta: «Los maestros son todos marxistas y anarquistas». Calumnia, absurdo y mentira que prende en la sencillez de la gente y que es necesario esclarecer. Lo que ocurre es que la escuela fué siempre del Estado y éste, dueño y señor de sus destinos, dió rumbo y normas a la educación nacional. Al maestro se le obligó a quitar el Crucifijo de la sala de clase y el maestro, bien a pesar suyo (salvando algunas lamentables excepciones de maestros que vivían más de la política indente, que les elevaba en su posición social, si renegaban de sus tradiciones y en muchos casos de las tendencias de su corazón) y dándole muchas veces un culto de desagravio, tuvo que cumplir el precepto impuesto. Y desapareció el Crucifijo de la clase para colocarlo en la alcoba de su casa. El maestro guardó cariñosamente el Jesús Crucificado y muchos tuvieron a gala el llevarlo en su pecho. Todavía recordamos con tristeza aquel caso ocurrido a una directora de grupo que fué perseguida por la Sociedad «Amigos de los niños» (el sarcasmo de los hombres), por el delito de que hacía catequesis después de la clase. Y aquella directora, en una reunión con el populacho, se la dijo que llevaba a Nuestro Señor Jesucristo en el pecho y a tirones se lo arrancaron. A otro maestro, al obligarle el inspector a separar de la clase el sagrado Crucifijo, contestó metiéndose uno en su pecho: «De ahí podéis quitarlo, pero éste que desde ahora llevaré aquí, no podréis quitarlo jamás».

Y no son dos casos; podríamos contar muchísimos. En la escuela se prohibió la Religión, y el maestro, sin nombrarla, siguió haciendo enseñanza de los mandamientos, educó y formó a la generación de niños en un ambiente de honestidad y de respeto en el cumplimiento de los santos preceptos divinos.

Ya habéis visto una parte de lo que es y ha sido el sacrificado siempre el cuerpo de los maestros españoles. Otro día, en otro artículo, terminaré esta exposición, que quiero dejar bien aclarada y en su debido lugar.

Saludo a Franco: Arriba España.

Oración de España a Cristo

(Viene de la página 3.ª)

una purísima y elevada doctrina, que no eran capaces de comprender y mucho menos de practicar. Igualmente los adversarios nuestros decretaron nuestro exterminio, nuestra desaparición como potencia de primer orden, por haberse erigido nuestros padres en campeones de la verdad. Inventaron la patraña de que pretendías destruir el templo, de que eras enemigo del César. Falsearon para ellos los actos de tu vida, los oráculos de tu enseñanza. Igualmente a nosotros nos infamaron forjando la leyenda negra, presentándonos como un pueblo intolerante, provocador, orgulloso, tiránico y enemigo de la libertad, porque no doblamos la cerviz al yugo herético que intentaron imponernos. Desfiguraron los hechos de nuestra historia, las doctrinas de nuestros sabios, las proezas de nuestro héroe, «aquella generación de semidioses superiores a la Iliada y al Ramayana» a cuyo lado estos canes ladrones de la hipercritica no resultan sino débiles pigmeos.

Maquinaron tus perseguidores, oprimamos al justo... tendámosle lazos... condenémosle a muerte afrentosísima... Y si verdadero hijo de Dios él tomará bajo tutela, le librará de las manos de sus contrarios. Del mismo modo razonaron nuestros adversarios: Hundamos en el lodo a esta nación. Enterramos su renombre, nublemos su prestigio. Y si tanto ha laborado por el Dios de los católicos que la defiende El y la saque de su postración.

Hasta tus discípulos y apóstoles te negaron y huyeron cobardemente ante la impropiedad de una mujerzuela, ante el ceño de un sayón. Esto debió lacerar de modo especial tu delicado y amante corazón. Repetirías con amargura la queja del salmo... «Si mi enemigo hubiera hablado mal de mi hubiéralo yo sobrellevado, por cierto... Pero Tú, hombre de corazón conmigo mi guía y mi conocido, que conjuntamente conmigo tomabas dulces manjares»...

No de otro modo hasta los países católicos, que nos deben el serlo, asintieron por cobardía a las indocumentadas afirmaciones de un Guillermo de Orange, de un Llorente, de Antonio Pérez, de Bembo, de Maquiavelo y otra multitud de sectarios, a las claras apasionados y no veraces. Historiadores católicos y españoles ultrajaron a la obra de España, porque lo decía el enemigo, por no atreverse a salir por los fueros de la verdad histórica, por no contrariar a la ola de cieno y calumnia. Hombres españoles y católicos denigraron a la Inquisición española, el más benigno tribunal de su época, el único que algo se amoldaba a las normas del derecho procesal moderno porque otros la denigraron por no tener la valentía de oponer un dique a la cienaga de difamación universal, olvidándose, por su puesto, de que las Comisiones de fe calvinistas levantaron más hogueras para tus mártires, descuartizaron más apóstoles tuyos en pocos que aquella, herejes y criminales vulgares en todos los siglos de su existencia.

Hasta de la evangelización de América, la más rápida y completa, áspere y fructuosa, desde las correrías evangélicas de los albores del Cristianismo, hablaron mal y la empequeñecieron escritores católicos por conceder algo a los impíos, por otorgar concesiones inútiles y perniciosas a tus enemigos y nuestros.

El odio mismo de tus enemigos, así como el amor de tus prosélitos, que

ni con tu muerte cesó, prueba con evidencia tu divinidad. Acaban el amor y el odio para todos los mortales cuando llegan a las puertas de la tumba. Alejandro César, Aristóteles, Platón... ¿Quién los recuerda ya? ¿Quién se acalora hoy por César o contra César? ¿Quién derriba con saña bustos de Nerón? A Ti, en cambio, te siguió el amor de los humanos, siglos después de muerto, así como el odio de tus rivales. Unos te levantan iglesias, otros te las destruyen, unos te erigen magníficas estatuas, otros te las allanan, unos te adoramos y bendecimos, otros te escupen blasfemias y maldiciones. Alrededor de tu bandera se está librando la actual pelea y «en torno de ella se librará la última batalla». Nadie jamás oyó hablar de César o de Anti-César, de Neronianos o Anti-Nerón. Lo que no faltan, ni faltarán hasta la consumación de los siglos serán cristianos y Anticristos.

Parecidamente nosotros hemos sido, como Tú, piedra de escándalo para muchos; hemos sido colocados en signo de contradicción. A las veces hemos escuchado desmesurados elogios, pero en más ocasiones críticas acerbas. Sucumbieron otros Imperios de la antigüedad y la historia los ha juzgado en frialdad y desapasionamiento. Se desmoronó el edificio gigante, la fábrica imponente del Imperio español y todavía percibimos las exclamaciones de júbilo reveladoras de animadversión profunda. Y es que por lo mismo que te defendimos a Ti participamos en algo de tu inmortalidad, de tu amor, y de tu odio póstumos.

Nada de esto nos sorprende. Tú profetizaste todo: aquella caridad ardiente así como aquel aborrecimiento. Y no puede ser el discípulo de mejor

condición que el maestro. Tú dijiste: «Si a mí me persiguen, también a vosotros os perseguirán». Y en otra ocasión... «seréis entregados para ser afigidos y os matarán y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre». Y nosotros vemos con suma complacencia y legítimo orgullo que nuestros mayores enemigos son precisamente los enemigos tuyos, los enemigos de Dios. Es, por esto, por lo que te suplicamos en la oración por nuestros caídos que nos honre el adversario consus tiros y que nos conserves el santo orgullo de que sólo en nuestras filas se sucumba por este ideal.

A los tres días saliste del sepulcro triunfador, pleno de caridad; en medio de un terremoto venciste a la muerte, león de Judá, sumiendo en confusión perpetua a tus verdugos. Al tercer siglo—días son los siglos en tu presencia—desperzó sus melenas el Ibérico León y afiló sus garras en medio del estallido de sangrienta revolución, intimidando a los que muerto le creían y habían ya preparado su féretro.

Por haberte sometido voluntariamente a la humillante muerte de cruz el Padre, te «resucitó y te dió un nombre sobre todo nombre para que todo doblara la rodilla en los cielos, en la tierra y en los mismos antros infernales». Así esperamos, ¡oh, Jesús!, que Tú lo hagas con España, para que nuestros escribas y fariseos no sigan gloriándose vanamente.

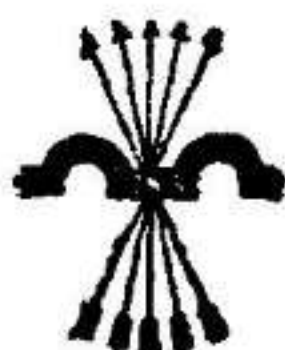
Señor, el Imperio, aquel Imperio de esplendores y actividades, de ambiciones universales, de dureza, de vigiliat y de trabajos, aquel Imperio de las ruidosas paradas militares y de las geniales fulguraciones en las cátedras, de las arriesgadas navegaciones en los mares y de los destellos teológicos de Trento, aquel Imperio, soñado por José Antonio de «Paraíso difícil, exacto, implacable...», donde no se descansa y que tenga junto a las jambas de sus puertas ángeles con espadas.

Devuélvenos aquella portentosa vitalidad para derrocharla de nuevo en tu santa causa. Restituye a nuestro brazo, como a Sansón, aquellas subrehumanas fuerzas para contener a los filisteos del día, aunque como él hayamos de perecer aplastados en la demanda de esta postrera catástrofe. Lo daremos por bien empleado con tal que se salve, por el heroísmo de nuestro brazo, tu Israel elegido, tu pueblo santo, los eternos valores de tu evangelio, tu Santa Iglesia Católica Apostólica Romana.

Sabemos que esto puedes Tú realizarlo sin nuestro concurso, pero te pedimos lo hagas sirviéndote de nosotros, como de instrumento en tus planes inexcrutables, cual te sirvieron nuestros mayores. Seguiremos, como ellos, tan fieles a tu consigna. Ya sabes, Señor, de nuestra lealtad e intrepidez en la ejecución. De nuevo te lo pedimos en repetida instancia: Concédenos la plenitud de aquel Imperio.

Te damos gracias, Señor, de habernos hecho nacer en esta madre España y no en otra cualquiera, como te las da el buen hijo por haberle hecho venir a la existencia de tales padres, por habernos hecho pertenecer a esta raza de hombres providenciales llamados los españoles. Y te las renovamos acrecentadas por habernos elegido restauradores de la epopeya magna, de la obra gigante de aquellos próceres imperiales.

J. GONZALEZ DIEZ



Gran fábrica de embutidos

Juan Pascual Escolar

:: Venta al por mayor y menor

Amargura, 2 Teléfono 9

CARBONERO EL MAYOR

Casa de Comidas

Julian Duque

(EL CHATO)

Especialidad en cochinito asado

Cervantes, 14

Teléfono 275

SEGOVIA

LIBRERIA HERRANZ IMPRENTA

Libros. Impresos. Recibos de cuotas. Sellos, etc. para Jefes locales, se hallan a la venta en esta casa

Suscripciones y venta de los principales periódicos de Falange Española de las J. O. N-S. de España.

Plaza Mayor, 5

Teléfono 272

SEGOVIA

Auxilio de Invierno

Teléfono 207

Dar Columba

Especialidad en café exprés.

El más céntrico de la población.

SASTRERIA

GARZON

CERVANTES, 11

Teléfono 287

Segovia

En este sentido...
Decreto que hace...
así...
Dispone un...

Hay que proponerse, positivamente, una tarea. La de dar a España estas dos cosas perdidas: primero, una base material de existencia que eleve a los españoles al nivel de los seres humanos; segundo, la fe en un destino nacional colectivo y la voluntad resuelta de resurgimiento.

José Antonio.

La guerra La vida es milicia

Pocas novedades nos ha ofrecido el panorama de los últimos siete días, por no decir ninguna. En el escenario de Vizcaya, donde sigue concentrada a atención general, las operaciones sufrieron una parálisis, decretada por ese nuestro encarnizado enemigo a lo largo de toda la campaña: el tiempo.

Únicamente el fragor de la guerra ha puesto sus golpes de timbal en el sector de Leona, donde el enemigo atacó, con más porfía que fortuna, la célebre Peña que no supo defender un día y ante la cual los batallones rojos han mordido el polvo una y otra vez, barridos por las tropas nacionales.

Ha actuado con acierto admirable nuestra aviación, señora de todos los cielos peninsulares, batiendo a las alas rojas en cuantas ocasiones hubo contacto y poniendo la eficacia de sus bombardeos a lo largo de la «línea de hierro» que ciñe a Bilbao. Pero, de pronto, el cielo ha volcado sus odres sobre las tierras vascas, donde las crestas se erizan bajo los flecos de la lluvia interminable, imponiendo una calma inactiva, con la que tan mal se aviene el ardor combativo de nuestras tropas.

En el Guadarrama, al estrépito bélico de unos días ha sucedido también el silencio más elocuente, roto tan sólo por el golpear de los picos y de las palas en su piadosa y agotadora misión de dar sepultura a los centenares de cadáveres que el enemigo abandonó en su desbandada... ¡Triste sino el de los milicianos rojos: primero, engañados; después, abandonados...!

Profundas incursiones de nuestras tropas por las intrincadas espesuras de la sierra, han puesto de relieve la desaparición del enemigo y su derrota total, formidable, costosísima.

Tal vez una de las características de la última etapa guerrera, es el aumento diario de milicianos y soldados que se pasan a nuestras líneas, con armas y bagajes, verdaderamente gozosos de abandonar el «paraíso soviético», donde la agonía tiene cada hora proximidades de inevitable desenlace.

Un decreto humanitario

En contraste con la criminal manera de proceder del Gobierno rojo, la España del generalísimo está desarrollando una labor de humanidad y justicia total que quedará como guión de conductas, para generaciones futuras.

No ya sólo se preocupa el nuevo Estado de ganar la guerra, atiende igualmente, por comprender su importancia primordial, a formar a los españoles en un espíritu de trabajo y justicia, colocándoles en situación de poder contribuir al engrandecimiento de nuestra Patria.

No hay perdón para los incorregibles, ni para el cabecilla, que con su temperamento sádico llevó a término actos propios de su bestialidad. Sobre éstos toda la responsabilidad, se encuentren donde se encuentren. Pero sobre aquellos otros, a los que sólo puede imputarse un retraso cultural y, como consecuencias de su inadaptación, actos injustos, hemos de darles la oportunidad de una nueva generación.

Esta política se ha inspirado en la justicia y en la comprensión de la situación de los prisioneros.

El decreto de reparto de viviendas y apartamiento de

aquel sobre el que pesan acusaciones graves, imputaciones especificadas, cuyo régimen de custodia es incompatible con las concesiones del Decreto.

El prisionero trabajará; si lo hace como peón, recibirá dos pesetas diarias, de las cuales una primera parte irá destinada a su sustento.

La existencia de su familia en la zona nacional modificará la cuantía del jornal; la mujer, lo elevará a cuatro pesetas; por cada hijo menor de quince años, cobrará una peseta... Se atenderá igualmente para graduación del jornal a la ocupación del prisionero...

Esta cristiana disposición es un jalón más en la obra de justicia social que la España nacionalsindicalista se ha propuesto terminar, y es un mentís rotundo para los extranjeros, que se hacen eco de las patrañas difundidas por los rojos.

Así es la España que está en marcha, justa y caritativa. Ayer un acto de inmensa piedad, la libertad a cincuenta internacionales. Hoy un Decreto por el que concede a todos los prisioneros la consideración y dignidad del que se siente ganador de su sustento diario.

Cuando con tanto desprendimiento y generoso entusiasmo las vanguardias de la España azul ofrecen a Dios su carne juvenil con hambre y sed de Imperio, no es justo, ni español, que la retaguardia consuma el tiempo en esa modorra, plácida e infecunda, característica de la España decadente.

«Hay que vivir la vida peligrosamente», decía Nietzsche, y esta frase suya, hecha guión de la Falange, quedó estampada en los puntos 4 y 26 del nacionalsindicalismo con estas palabras: «... y haremos que un sentido militar de la vida informe toda la existencia española» (P. 4). «La vida es milicia y ha de vivirse con espíritu acendrado de servicio y de sacrificio» (P. 26). Y hoy, que la voluntad de José Antonio ha encarnado en la voluntad de Franco, y que los «locos» de la Falange se han transformado por voluntad del Caudillo en responsables de un futuro abierto a la ilusión, tenemos que cumplir con coraje el programa de la España nueva, y tenemos que cambiar hasta en sus entrañas la manera de entender la vida de los españoles.

Téngase en cuenta que la nueva España

será un Ejército íntegro, en marcha continua hacia el ideal de nuestros horizontes clásicos, en el que todos seremos soldados, y donde no consentiremos guerreros inactivos.

Cuando cada español se sienta solidarizado de los demás en la gran tarea de reconquista, España será Una.

Cuando cada español sienta ansias de Imperio y considere que su trabajo redundará en beneficio directo de nuestra Patria, España será Grande.

Cuando cada español comprenda nuestra misión heroica, y esté dispuesto a impedir que esta obra de titanes sea mediatizada o corroida por poderes ocultos, España será Libre.

Unidos, pues, en la retaguardia en santa y sana hermandad, recordemos las palabras poéticas y proféticas de nuestro César Ausente: «Sigán los demás con sus festines. Nosotros, fuera, en vigilia tensa, fervorosa y segura, que ya presentimos en la alegría de nuestras entrañas el amanecer de la España imperial».

Arriba España.

Un Flecha de Migueláñez

Ha muerto Mola

¡Sanjurjo, Goded, Mola!... ¡Trilogía de héroes! Uno a uno fueron cayendo. Sin dar en suspicacias, diríamos que parece como si alguna fatalidad, algún siniestro sino, se complaciera en privarnos de jefes eminentes, de conductores geniales, de íntegros caudillos.

La última noticia fué: ha muerto Mola. «¡Viva Mola!», añadía «El Tebib Arrumi» en su crónica.

Efectivamente. Mola vive y vivirá entre nosotros. Y su sombra seguirá dirigiendo la guerra norteña. Y su cadáver ganará batallas después de muerto, como el Campeador. ¡Viva Mola!

Por lo demás, esto no debe descorazonar a nadie. Más aún, diré que es un presagio del triunfo definitivo. Yo me imagino al integérrimo patriota general Mola, que desde la eternidad nos dice: Ya no tenéis necesidad de mi persona. Ya os he marcado el camino; recordad varones hispanos que en aquella expedición a Oriente, de catalanes y aragoneses, después de ser privados de sus jefes traidoramente aquellos heroicos aventureros, después de haberles sido arrebatados Roger de Flor, Rocafort, etc., fué precisamente cuando advino la gran victoria, la devastación de Grecia, la toma de Atenas.

¡Mi testamento es que toméis Bilbao! ¡Que completéis mi obra! Murió Borbón en el asalto de Roma. Mandó antes de morir que ocultasen su cadáver para que no desanimara a sus soldados. ¡No conocía los hombres que mandaba! ¡Eran españoles! Todos supieron que había muerto el general. Aquello, lejos de constituir un obstáculo, se convirtió en un incentivo irresistible. ¡¡Aquel mismo día entraban los Imperiales en la Ciudad Eterna!! ¡¡La ciudad conoció un espantoso saqueo!!

Este es mi testamento: ¡Tomad Bilbao!

¡General Mola! Presente. Seguimos a tus órdenes. Cumpliremos tu última voluntad. Y a ti, ciudad bilbaína, traidora a la causa española, te declaramos: Esto, lejos de prolongar tu vida, acelerará tu ruina. Mejor dicho, la ruina de tus bandoleros, que será la vida de tus verdaderos hijos.

¡Ha muerto Mola! ¡Viva Mola!

Arriba España.